

# La tradición de “abrir el hocico”\*

Pierre Bourdieu, sociólogo francés, y Günter Grass, escritor alemán premio Nobel de literatura 1999, tuvieron un encuentro público el 5 de diciembre del mismo año. En él defienden el papel del intelectual comprometido

**Pierre Bourdieu (PB).** Usted habló —en alguna parte de la tradición europea o alemana, y que además es una tradición francesa— de “abrir el hocico”; y cuando pensamos hacer público este diálogo con los sindicalistas no sabía que usted sería premio Nobel. Me alegra mucho que esto no lo haya transformado y de que esté tan dispuesto como antes a “abrir el hocico”.

**Günter Grass (GG).** Tomando en cuenta la experiencia alemana, es relativamente raro que se encuentren un sociólogo y un escritor. En nuestro país es muy frecuente que los filósofos se reúnan en un rincón, los sociólogos en otro y los escritores se muestren indiferentes hacia todos ellos.

Cuando pienso en su libro *La miseria del mundo*, o en mi última obra, *Mi siglo*, hay algo que une nuestro trabajo: contamos la historia desde abajo. Por nuestro oficio, estamos notoriamente del lado de los perdedores, los marginados, los excluidos de la sociedad.

En *La miseria del mundo* usted logró con sus colaboradores poner a su individualidad entre paréntesis y ofrecer una visión de las condiciones sociales y del estado de la sociedad francesa que se puede muy bien trasponer a otros países. Sus historias inducen al escritor que soy a servirse de ellas como de materia bruta. Por ejemplo, el estudio de una joven venida del campo a París a estudiar por la noche. La descripción de su puesto de trabajo hace entender los problemas sociales sin ponerlos de manera ostentosa. Eso me gustó mucho. Quisiera que como éste existiera un libro sobre las condiciones de cada país.

Lo único que me ha sorprendido es que no hay humor en este tipo de libros. Falta el lado cómico del fracaso que desempeña un papel importante en mis historias: el absurdo surge de las confrontaciones.

Quiero decirle que la tragedia y la comedia no se excluyen, que las fronteras entre ambas son fluctuantes.

**PB.** Es cierto. Una de las consignas que nos dimos era que no había que hacer literatura. Hay una tentación cuando se está frente a dramas como éste: la de escribirlos “bien”. La consigna fue tratar de ser tan positivo como fuera posible para restituir a estas historias su violencia extraordinaria, casi insoportable. Esto por dos tipos de razones: científicas y literarias, porque queríamos no ser literarios para serlo de otra manera, pero también por razones políticas. Pensamos que la violencia que ejerce actualmente la política neoliberal en Europa y América Latina y en muchos países es tan grande que no se puede dar cuenta de ella con lo puramente conceptual. La crítica no está a la altura de los efectos que produce esta política.

**GG.** Los dos, el sociólogo y el escritor, somos hijos de las Luces europeas, de una tradición que ahora se pone en cuestión. Como si el movimiento europeo de la *Aufklärung* y de *Lumières* hubiera fracasado.

**PB.** Sí, pero este sentimiento que tenemos de haber perdido la tradición de las Luces está ligado al cambio de toda la visión del mundo que ha sido impuesta por la visión neoliberal. Pienso, por ejemplo, que en la Alemania de los años treinta la revolución era conservadora, y una revolución conservadora es algo muy extraño: es una revolución que restaura el pasado y se presenta como progresista, que transforma la regresión en progreso. Tanto que quienes combaten esta regresión parecen regresivos. Los que combaten el terror parecen terroristas. Es algo que tenemos en común: a usted y a mí nos tratan como arcaicos, como dinosaurios. No somos divertidos. Pero la época no es divertida. No hay de qué reírse.

\*Tomado de *Le Monde*, con textos de Gabriele Wennemer, de la edición del 29 de marzo de 2002. Traducción de Rosa Esther Juárez.

**GG.** No quiero decir que vivimos en una época divertida. La risa infernal desencadenada por los medios literarios es también una protesta contra las condiciones sociales. Lo que se nos vende ahora como neoliberalismo es un regreso a los métodos liberales de Manchester del siglo XIX. Después de la caída del comunismo el capitalismo cree que todo está permitido, como si escapara de todo control. El sistema liberal repite los errores del comunismo creando dogmas.

**PB.** Sí, pero la fuerza del neoliberalismo es que lo aplican, por lo menos en Europa, personas que se dicen socialistas. Shroder, Blair o Jospin son personas que invocan el socialismo para hacer neoliberalismo. Al mismo tiempo, mantener una posición crítica de izquierda frente a los gobiernos socialdemócratas se ha convertido en algo extremadamente difícil.

En la práctica el movimiento crítico es muy débil en parte porque se queda en la escala nacional. Me parece que la gran pregunta es cómo crear a escala internacional una posición de izquierda frente a los socialdemócratas capaz de influir realmente en los gobiernos. Los intentos por crear un movimiento social europeo son muy inciertos. Y la pregunta que me hago es qué podemos hacer los intelectuales para contribuir a este movimiento, que es indispensable porque, contraria a la visión neoliberal, todas las conquistas sociales se consiguieron a fuerza de luchas. Entonces, si queremos una Europa social como decimos, se necesita un movimiento social europeo. Tengo la impresión de que los intelectuales tienen una responsabilidad muy grande en la constitución de un movimiento porque la fuerza de quienes dominan no es sólo económica; es también intelectual, de creencias. Por eso creo que hay que “abrir el hocico” para intentar restaurar la utopía, porque una de las fuerzas de los gobiernos neoliberales es que han matado a la utopía.

**GG.** Los partidos socialistas también han perdido la confianza. Es lamentable que la construcción de Europa se realice sólo en el dominio económico; hace falta un esfuerzo de los sindicatos para encontrar una organización y acción que sobrepase el marco nacional y tenga impacto más allá de las fronteras.

Pero poco a poco los intelectuales se tragan todo. Hay que decir las cosas. Es por lo que dudo que podamos contar con ellos. Mis experiencias alemanas me demuestran que es un malentendido creer que ser intelectual es ser de izquierda.

Encontramos pruebas en toda la historia del siglo XX, incluido el nazismo: un hombre como Goebbels era un intelectual. Para mí ser intelectual no es una prueba de calidad.

Su libro *La miseria del mundo* muestra bien que quienes vienen del mundo del trabajo, que pertenecen al sindicato, tienen más experiencia en el dominio social que los intelectuales.

Esas personas son desempleadas o jubiladas y no parecen muy útiles para la sociedad, pero su potencial se desperdicia.

**PB.** *La miseria del mundo* es un esfuerzo para dar una función más modesta y, al mismo tiempo, más útil que la acostumbrada al intelectual: la de escribano público. El escribano público que conocí muy bien en los países del norte de África es alguien que sabe escribir y presta su competencia a los otros para que puedan decir cosas que ellos saben, en cierto sentido mejor, que quien las escribe. Los sociólogos están en una posición muy curiosa. No son intelectuales como los otros, son personas que la mayor parte del tiempo saben escuchar, descifrar lo que se les dice, y luego saben transcribirlo, transmitirlo.

**GG.** Pero eso quiere decir que al mismo tiempo hay que llamar a los intelectuales que se sitúan cerca del neoliberalismo.

**PB.** Sí, pero por desgracia no se trata sólo de contratar este discurso dominante, que además es unánime. Para combatirlo eficazmente hay que poder difundir, hacer público el discurso crítico. Somos invadidos y asediados continuamente por el discurso dominante. Los periodistas, en su gran mayoría de manera inconsciente, son cómplices de este discurso y cuando quieren romper esta unanimidad les resulta muy difícil. Primero, porque en el caso de Francia si no se trata de personas consagradas o reconocidas es muy difícil acceder al espacio público. Cuando decía que esperaba con usted “abrir el hocico” era porque pienso que las personas consagradas son las únicas, en cierto sentido, que pueden romper el círculo.

En *Mi siglo* usted evoca una serie de acontecimientos históricos que me han conmovido. Pienso en la historia del niño que va a la manifestación de Liebknecht y se orina en la espalda de su padre: no sé si es un recuerdo personal, pero en todo caso es una manera muy original de aprender el socialismo.

**GG.** Me interesaba describir al agitador de juventud de un movimiento socialista, y al padre que en su entusiasmo no se da cuenta de que su hijo quiere bajarse de sus hombros. Cuando se orina en el cuello de su padre, éste le da una nalgada. Este comportamiento autoritario hace que el niño se apunte como voluntario en la primera guerra mundial y luego haga exactamente lo contrario que hizo su padre.

Los dos hemos llegado a una edad en la que podemos asegurar que continuaremos abriendo nuestro hocico a condición de que tengamos salud, pero el tiempo es limitado. No sé qué pasa en Francia pero puedo constatar que la joven generación literaria alemana tiene poca disposición y poco interés en perpetuar esta tradición inherente a las Luces, la tradición de “abrir el hocico” y de inmiscuirse. Si no hay renovación, si no hay quien tome el relevo, esta tradición europea se habrá perdido. ■